

Santiago Guijarro Oporto, *Los cuatro evangelios* (Biblioteca de Estudios Bíblicos, 124), Ediciones Sígueme, Salamanca 2010, 576 pp.

Recensión de Carmen Bernabé
en *Salmanticensis* 58 (2011) 123-128

Comienza el autor advirtiendo al lector que, aunque este libro es fruto de catorce años de estudio, investigación y docencia sobre los evangelios, no se trata de un manual. Si bien inicialmente fue pensado como tal, el libro fue tomando vida propia y se convirtió en una obra sobre los evangelios. Esto implica que, mientras los manuales suelen exponer la opinión establecida y más común entre los expertos, este libro presenta la visión del autor sobre los evangelios que, si bien es cierto que en muchos casos coincide con la más habitual, también lo es que en ocasiones se separa de ella y le da unas características propias.

El autor ha hecho varias opciones a la hora de plantear el libro y presentar la materia. Una de las primeras opciones tomadas es evidente ya en el título. Guijarro ha decidido estudiar de forma conjunta los cuatro evangelios canónicos y sus relaciones, pero, además, al leer el índice es posible descubrir otra opción importante como es estudiar también otros libros estrechamente relacionados con algunos de los cuatro evangelios; es el caso de los Hechos de los Apóstoles –segunda parte de la obra lucana–, y las tres cartas de Juan a las que, como tantos otros estudiosos, considera necesarias para leer el cuarto evangelio en el contexto de la tradición comunitaria donde surgió.

La obra está dividida en *dos grandes partes*, la primera de las cuales estudia *el proceso de composición de los cuatro evangelios*, mientras la segunda se dedica al *estudio de cada evangelio* y de los escritos que, en el caso de los evangelios de *Lucas* y de *Juan*, les están relacionados (Hch; 1-3 Jn). En el caso de la relación entre las dos obras lucanas, el autor expone y comenta críticamente la posición más habitual que concibe los dos libros como dos partes de una misma obra concebida como tal desde el principio y separada en el momento de reunir los evangelios. Guijarro deja abierta la posibilidad, no lo afirma, de que la unidad literaria entre ambos fuera algo realizado «a posteriori», que el segundo libro fuera concebido como continuación del primero, una vez escrito éste, para lo cual su autor habría repetido al comienzo de Hechos los últimos episodios del evangelio.

La obra se inicia con una *Introducción* dedicada a contextualizar, en la época en que fueron producidas, las obras que van a ser estudiadas. Ofrece así unos datos de valor innegable a la hora de comprender mejor los escritos llamados evangelios, su naturaleza, sus peculiaridades y su alcance. Sitúa estos en la corriente de libros sobre Jesús que se escribieron entre finales del s. I y durante todo el siglo II, y, de esa forma, ayuda a quien lee a situar cada evangelio, y al conjunto de ellos, dentro de un proceso complejo que, aunque se desarrolla ampliamente en la primera parte, ya se apunta aquí. Un proceso por el cual la tradición oral sobre Jesús cristalizó en obras escritas, de las cuales no todas han llegado hasta nosotros de forma completa. Un segundo paso que se da en la Introducción tiene que ver con la recepción que se hizo en la Iglesia de todos esos libros sobre Jesús en los que cristalizó la tradición oral y que fueron escritos en aquella época. Se refiere al proceso de reconocimiento y estima que alcanzaron estos cuatro libros sobre Jesús entre todos los demás. Hablamos del proceso de canonización de ciertas obras como fruto de un discernimiento comunitario complejo y largo, que, sin embargo, estaba bastante perfilado para finales del s. II y casi terminado para el s. IV. Completa la Introducción el estudio del uso del término «Evangelio» para referirse a estos libros sobre Jesús: lo que implica, así como la determinación de su género literario (¿kerigma narrado?, ¿biografía helenística?).

La primera parte, que estudia la *Formación de los evangelios*, se desarrolla en tres capítulos dedicados, respectivamente, a la relación entre evangelios, a la transmisión oral de los recuerdos sobre Jesús en el nacimiento, transmisión y cristalización evangélica de la tradición, y a las composiciones anteriores a los evangelios como un momento fundamental en su génesis.

El capítulo uno aborda *las relaciones entre los cuatro evangelios*. Este hecho constituye otra característica de la obra que no trata, como es habitual, las relaciones entre los sinópticos (cuestión sinóptica), y después las del evangelio de Juan con cada uno de ellos, sino que estudia las relaciones que existen entre los cuatro evangelios, teniendo en cuenta la investigación reciente sobre el proceso de producción y difusión del texto evangélico. Una línea de investigación que ha llegado a problematizar dos presupuestos de la crítica textual: la existencia de un único texto original y la posibilidad de reconstruirlo a partir de los manuscritos existentes.

La obra resalta la dificultad del proceso de producción y transmisión de textos escritos en una época en la que la imprenta aún no había sido inventada y el dominio de la escritura era aún minoritario. Desarrolla y subraya la importancia y las consecuencias que para su transmisión y difusión tenía la representación oral de la tradición/texto cuya característica era

la flexibilidad en función del momento y los destinatarios. Es lo que parece poner de manifiesto el estudio de los manuscritos antiguos. Este aspecto se está mostrando sumamente importante en la investigación actual. hasta el punto de obligar a reconsiderar la existencia de un único texto original, a la vez que está haciendo cada vez más evidente la diversidad textual que existía en aquellos primeros momentos, pues la actualización oral comunitaria de la tradición, si bien no producía diferencias sustanciales, si hace mucho más compleja e imprecisa la relación que puede establecerse entre los textos evangélicos en el momento de su comparación.

Después de desarrollar las ideas anteriores, el autor revisa las hipótesis existentes acerca de las relaciones que se dan entre los evangelios sinópticos, y sobre las de estos con el evangelio de Juan. Con ello, entra en el territorio de la crítica de las fuentes que también se ha visto cuestionada por los nuevos estudios sobre el papel de la oralidad y la memoria. El análisis realizado le lleva a subrayar la importancia de ciertas composiciones anteriores a las que dedicará un capítulo, pero también ahonda en la importancia de la tradición oral, a la que dedica el capítulo siguiente, ya que en muchos casos esas relaciones no se pueden explicar por mera dependencia literaria ni por la sola relación literaria entre los textos.

El capítulo dos, por tanto, lo dedica a profundizar en la *tradición oral previa a la cristalización en las obras escritas*. El autor pretende precisar cuál fue el papel de esta tradición oral en los diversos estadios del proceso de composición de los evangelios. Esta línea actual de investigación sobre la naturaleza oral de los textos antiguos hace mucho más complejo el estudio de las fuentes pues sale del ámbito de los documentos escritos sobre los que se hacen las comparaciones, de su copia y corrección, a la vez que cuestiona algunos de los presupuestos de la crítica de las formas, que tanto ha influido en el estudio crítico de los evangelios. La representación oral, en situaciones comunitarias diversas, de las tradiciones y del mismo texto, cuestiona la imagen de unos autores trabajando con documentos escritos, los cuales habrían contenido las distintas formas transmitidas de manera fija que ellos habrían utilizado y sobre las que ellos habrían introducido modificaciones.

Para dar razón de la complejidad, Guijarro comienza estudiando el contexto cultural donde se realizó la transmisión de la tradición de Jesús y donde nacieron los evangelios; un contexto, muy diferente al nuestro, caracterizado por la cultura oral cuyas repercusiones es imprescindible conocer para entender su papel en la formación de los evangelios. En esta cultura, los textos escritos, aunque existían y eran valorados, tenían una función secundaria. Se puede leer un resumen de estas ideas en palabras de su autor: «La tradición de Jesús no fue el resultado de la sucesiva reelaboración de documentos escritos, sino de la recitación de sus

palabras y de sus acciones en diversas circunstancias y en diversos grupos de discípulos que las consideraban significativas. Fue, ante todo, una tradición viva que no sólo se conservaba sino que se actualizaba en las diversas recitaciones y representaciones, una tradición que inicialmente no estaba destinada a ser leída, sino a ser escuchada» (p. 110). A continuación, Guijarro estudia extensamente el papel de la tradición oral en cada una de las tres etapas de la formación de los evangelios (la predicación de Jesús, la etapa apostólica, y la etapa de la redacción de los evangelios).

El capítulo tercero de esta primera parte está dedicado, como ya se ha anunciado, a *las composiciones anteriores a los evangelios*. Para servir de contrapeso necesario a las afirmaciones del capítulo anterior sobre el papel secundario de los textos escritos en una cultura de naturaleza oral, y «evitar consideraciones excluyentes y unilaterales de este aspecto que pudieran oscurecer el importante papel que jugaron los escritos en la conservación y transmisión de los recuerdos sobre Jesús», este capítulo se centra en el uso de la escritura entre los primeros cristianos. Hay que recordar también que la cultura judía, a la que pertenecían los primeros discípulos, tenía un considerable aprecio por la escritura, aunque ésta haya de ser entendida en sus propios parámetros.

La transmisión oral de los recuerdos sobre Jesús y su consignación por escrito fueron procesos paralelos durante bastante tiempo, y este es un dato fundamental para entender el proceso de formación de los evangelios. Tradición oral y tradición escrita, dos formas de memoria que coexistieron casi un siglo y que fueron enriqueciéndose mutuamente, a la vez que cambiaban su relación según pasaba el tiempo, hasta que la versión escrita acabó por ganar en autoridad e importancia. Pero es muy posible, y así lo creen muchos estudiosos, que la tradición oral, antes de acabar en obras escritas completas, hubiera podido conocer diferentes cristalizaciones en escritos más o menos parciales. Es lo que se conoce como composiciones pre-evangélicas: el Relato pre-marquiano de la pasión, el Documento Q (dichos que habrían utilizado Mateo y Lucas), la Fuente de signos (que habría utilizado el evangelio de Juan). Cada una de estas composiciones pre-evangélicas es estudiada ampliamente y rastreada en el texto evangélico por el autor. Al final de la obra, en un Apéndice, se ofrece las reconstrucciones, siempre hipotéticas, de estas composiciones. Acaba este capítulo, en el que el autor ha expuesto la progresiva complejidad de las formas que los recuerdos sobre Jesús fueron adquiriendo hasta llegar a la redacción de los evangelios, con una reflexión sobre la importancia de estas composiciones pre-evangélicas para el estudio de los evangelios. Con ello termina también esta primera parte en la que se hace evidente un

planteamiento muy diferente al seguido tradicionalmente por aquellas visiones que se mantienen ancladas en la historia de las formas como la referencia fundamental.

La segunda parte está dedicada al *estudio de cada evangelio*. A cada uno de ellos le dedica Santiago Guijarro un capítulo que sigue la misma estructura: proceso de composición del evangelio en cuestión (sus fuentes, su articulación y la forma final de la obra); lectura seguida y completa de cada evangelio (delimitando sus partes, identificando elementos tradicionales y redaccionales, disposición literaria, y mensaje); contextualización de cada uno de ellos (situación en la que surgió, destinatarios y su lugar en el cristianismo naciente). Es muy de agradecer el apartado donde se sitúa cada evangelio en el contexto del cristianismo naciente, lo que ayuda a verlo como parte de un todo histórico más complejo en el que existieron diferentes formas comunitarias de releer y actualizar las tradiciones de Jesús.

Lo dicho hasta aquí ha puesto ya de manifiesto la forma en la que el autor ha realizado las opciones a las que se alude al comienzo del libro y que le dan a la obra su personalidad propia en el panorama español. Es cierto que estas opciones pueden suscitar, y lo harán, discrepancias y discusión en otros estudiosos, lo cual siempre es académicamente estimulante y deseable si la justa es leal, respetuosa, se hace con las mismas armas, y se limita al campo intelectual.

Una de las opciones importantes de esta obra es la lectura continua de los textos evangélicos en la cual van surgiendo y se van subrayando temas y líneas fundamentales del mensaje teológico. Con esta opción, el autor sitúa su trabajo de esta parte de la obra en la línea de la teología narrativa más que en la de una teología bíblica sistemática y sistematizada en diferentes campos: cristología, eclesiología, pneumatología, ética... como hacen normalmente los manuales. Se trata, sin duda, de una opción importante y arriesgada. Una opción que no dejará de suscitar críticas pero que, sin duda, también logrará felicitaciones porque, al aplicar una lógica que es menos extraña al texto evangélico, introduce aire fresco en la presentación del mensaje teológico de los evangelios, respeta más su naturaleza narrativa, su pretensión de evocar un mensaje vivo, siempre nuevo y nunca totalmente abarcable. Esta opción está en continuidad lógica con el estudio realizado sobre la naturaleza y transmisión de la tradición de/sobre Jesús y de su representación oral en diferentes contextos comunitarios.

Esta misma opción conlleva también una limitación que quizá pueda sentir quien lea la obra y que es la extensión, quizá demasiado breve, del apartado dedicado a la lectura seguida que se hace de los textos. Sin duda, sin ampliar la obra a dos volúmenes, la extensión del material a leer hacía imposible una mayor profundización de la lectura de cada evangelio y la

exposición exhaustiva de los temas implicados, pero a veces quien lee desearía una mayor extensión en algunos temas del relato de cada evangelio.

Las diversas notas características que hemos mencionado, fruto de las opciones realizadas por su autor, dan al libro su especificidad, lo hacen novedoso y bienvenido en el panorama español. La obra, como dice Guijarro, no es un manual, pero, sin duda, está llamado a convertirse en un referente obligado no sólo en el ejercicio de la docencia, sino también de lectura para toda persona, creyente o no, que quiera conocer con seriedad algo más sobre los evangelios y, comenzar, con algo de ayuda pero por si misma, el apasionante viaje de su lectura.

Carmen Bernabé (Universidad de Deusto)